

POR QUIÉN TOCA ESTA CAMPANA

Las campanas de mi ciudad tocan a muerto. Las oigo retumbar en las paredes de mis oídos, en las cotilas de mi esqueleto, en el cartilago de mi nariz. Todas las mañanas, sin faltar una, las campanas de mi ciudad tocan a muerto.

A las ocho de la mañana, cuando el sol que no se ve, sino que sólo se respira en mi ciudad, se esfuerza por encumbrarse a su punto álgido, todas las campanas sacuden su badajo, y éste, agitado, les zumba con energía creciente primero, lánguida después. Los que aprietan el botón del campanario, en los días de tristeza lo intuyen: el programa ejecuta siempre la misma cantinela, y esa cantinela es una letanía para los muertos llegados y los que están por venir: que, al fin y al cabo, somos todos.

Y es que a mí me gusta mi ciudad. En ella descubro los secretos de la existencia: lo lenta que es y lo corta; lo frágil que es y lo brusca. Todas las campanas de mi ciudad de adopción tocan al mediodía, que para mí es por la mañana. En mi caso, que no me acerco a ninguna iglesia, ni sé ya lo que es una misa ni para lo que sirve, las campanas de mi ciudad tocan por mí. E incluso en medio de este tronar ensordecedor de los motores, retumban in crescendo mis campanas, que en mi caso tocan por mí.

No son una bola de fuego: son una bomba de aire, un torpedo sonoro que cae en picado sobre lo que puede llamarse de cualquier forma en el

mapa. Pero mis oídos no me dejan ver nada: estoy ciego de la sordera, ciego de vista y ciego de entendimiento. Me hablan y no respondo, porque veo tocar mis campanas.

Un vaivén, las últimas campanadas, ignoro qué buscan y a qué se mueven, tan plácido como estoy yo sobre mi cama, tan plácido, como un caballero desfondado con o sin batalla, tras la huida o con victoria, la campanada, en son de paz, sobre mi hombros.

Ya estoy dentro de la campana, yo soy su badajo. Me zarandean como un loco, mi melodía es pura distorsión, mi arte es inarmónico y desmañado, es la primera vez que golpeo una campana. En el ascenso experimento un latigazo inesperado, mientras que en la bajada me entra un frenesí que me paraliza los sentidos, y me sube toda la sangre a la cabeza, y los ojos a la frente, y los dientes a las cuencas, y las clavículas por encima de todo lo demás, y hasta los pies se vuelven como chillados de contentos, y me acerco progresivamente al pico de una montaña con la puntita de nieve, ¿resbalo? No: es el descenso tan pronunciado, vértigo, vértigo, vértigo, la montaña se amplifica, la nieve, la puedo tocar con la punta de la nariz, chirrió todo, todo chirría, es mejor que resbalar.

¿Por quién toca esta campana?
Por ti.

Irene Zoe Alamala es autora de Sueños itinerantes (Seix Barral).

